

EL POR QUÉ DE LA MALA FAMA DE HERÓDOTO

Leonora Hernández de Torres

Cuando se intenta llevar a cabo un estudio crítico acerca de los historiadores griegos, sus aportaciones al conocimiento y su mayor o menor aproximación a la verdad, tropezamos desde el comienzo con las opiniones contradictorias que desde la antigüedad se emitieron sobre Heródoto.

Griegos y romanos estuvieron de acuerdo en considerarlo el "padre de la Historia", pero también lo estuvieron, incluido el propio Cicerón (leyes, libro I, I) en admitir que, a la manera de Teopompo, incluía en su obra numerosas fábulas. En consecuencia, no era de fiar.

La paradoja salta a la vista, aunque durante siglos nadie pareció advertirla: Heródoto es el "padre de la Historia" pero al mismo tiempo, un gran crédulo cuyo testimonio acerca de numerosos relatos debe rechazarse de plano.

Desde Tucídides a Plutarco -cuya muy divulgada "De Herodoti malignitate" contribuyó durante siglos a la mala fama del historiador de Halicarnaso- han abundado los detractores de su obra, especialmente en aquellos aspectos que actualmente son los más valorados, es decir, los aportes antropológicos.

Puesto que el tema de la Historia de Heródoto es

sumamente amplio, lo que tal vez permitiría colocarla en la categoría de las antecesoras de las historias universales, es indudable que el método mediante el cual obtuvo semejante cantidad de datos no pudo ser simple ni accesible para cualquiera.

En primer lugar el tema central estaba circunscrito a las guerras greco-persas que habían tenido lugar una generación anterior. Los informes que pudo obtener acerca de su desarrollo procedían de los relatos proporcionados por aquellos que habían tenido participación directa en ella o habían estado en contacto con quienes combatieron contra el persa.

El método utilizado, pues, en este caso es el denominado inquisitivo-crítico cuyos resultados pueden acercarnos a la verdad siempre que sea una persona sagaz y con espíritu crítico el encargado de aplicarlo.

Por otra parte, y dada la peculiar visión de Heródoto acerca del acontecer humano, no podía conformarse con exponer los acontecimientos exclusivamente desde el punto de vista del mundo cultural griego, con sus mitos, tradiciones y su acontecer político.

Para comprender las razones profundas del conflicto greco-persa y el inevitable choque entre mundos tan dispares, era necesario recorrer el ámbito de los pueblos bárbaros, sus marcadas diferencias con los griegos, sus costumbres, religiones y modos de vida política.

Para cumplir con este objetivo se hacía indispensable abandonar los estrechos límites de la "polis" y recorrer el escenario habitado por los pueblos de los que se desconocía prácticamente todo, en especial el modo de comunicarse con ellos.

El método inquisitivo-crítico, que ofrecía serios riesgos en relación con los acontecimientos cercanos, se tornaba muy poco confiable cuando se trataba de referir hechos del pasado remoto de los pueblos bárbaros. Y, aunque Heródoto dispone de abundante documentación escrita en pueblos civilizados que, como los de Mesopotamia y Egipto, poseían una cultura antiquísima, no estaba capacitado para leerlos. Debía confiar, pues, en la buena fe de sus informantes -que

muchas veces no la tenían- o en una mediana educación que les permitiera leer para él esos documentos importantes. No menos valiosas eran la agudeza de su curiosidad, la capacidad para discernir entre lo creíble y lo inverosímil, y una buena dosis de imaginación capaz de permitirle llenar las lagunas inevitables de su información.

La tarea que Heródoto se había impuesto con su indagación era, aparentemente, superior a las fuerzas e inteligencia de un griego culto del siglo V AC.

A pesar de ello y de cuanto pudiera suponerse "a priori", tuvo un éxito notable. No podemos juzgar la precisión y verosimilitud de sus aportes en relación con la historia de Grecia y los acontecimientos de las Guerras Médicas porque, en su mayor parte, constituye nuestra fuente primigenia acerca de ese período. Tampoco podemos decir cuánto procede de su propia cosecha y cuánto debe a los logógrafos que lo precedieron, en especial Hecateo de Mileto.

En realidad aquello que constituyó el origen de la mala fama de Heródoto e hizo dudar de su veracidad es precisamente, lo que le restituyó su buen nombre dentro de la historiografía. En efecto, los relatos etnográficos acerca de las costumbres, formas de vida, creencias religiosas, aspecto físico, economía etc. de los pueblos bárbaros han sido revalorados y, muchas veces, corroborados por la labor de los orientalistas a partir del siglo XIX. La etnografía, la arqueología, la lingüística, la epigrafía han permitido demostrar que la fama de mentiroso y ladrón de datos que durante siglos acompañó a Heródoto, era inmerecida y que, sin rodeos, debía concedérsele el título de "padre de la Historia".

Mucha de esa mala fama que acompañó a Heródoto durante largos siglos tuvo su fundamento en la opinión impuesta por Tucídides, en el sentido de que sólo se podía escribir historia sobre hechos contemporáneos de carácter político, acerca de los cuales pudieran extraerse lecciones útiles para quien se interesara en el arte supremo de gobernar.

Aunque también su método fue el inquisitivo-crítico aplicado por él con gran capacidad e imparcialidad, consideraba que era imposible llegar a alcanzar la verdad si uno se

alejaba de los hechos contemporáneos. El pasado lejano quedaba limitado a los mitos y fábulas y nada podía decirse con certeza acerca de él. De ahí el desdén con que Tucídides, y con él la posteridad, consideró el relato de Heródoto. Extenso en el espacio y profundo en el tiempo, ese relato se apartaba radicalmente de lo que para Tucídides era verdadera historia, lo más cercana posible al pensamiento epistemológico griego.

Impuesta esta manera de concebir la historia, los sucesores griegos y romanos de Tucídides compartieron sus puntos de vista, aunque estuvieron muy lejos de alcanzar el elevado nivel de su obra histórica. La opinión acerca de la credibilidad de Heródoto se mantuvo, con ligeras variantes, hasta la época moderna.

Curiosamente, fue en esta época de grandes viajes y descubrimientos, cuando cobró nueva vigencia la forma en que el historiador de Halicarnaso había redactado su obra. Exploradores, conquistadores, cronistas, evangelizadores, llegaron a países exóticos de Oriente y Occidente cuyas costumbres los impactaron y despertaron la curiosidad etnográfica dormida durante siglos.

Lo mismo que Heródoto debieron valerse de la observación directa y del interrogatorio de testigos los que, como en el caso anterior, tuvieron que utilizar intérpretes para comunicarse y relatar acontecimientos, costumbres, creencias, ritos, etc.

El descubrimiento de América, los viajes de exploración y comercio hacia India, Insulindia, Africa y tiempo después Oceanía favorecieron el desarrollo de los estudios etnográficos y folklóricos cuyo método básico es sin ninguna duda, de raíz herodotiana.

Ello no implica que desapareciera la desconfianza con respecto a muchos relatos del padre de la historia, pero la moderna ciencia histórica desarrollada a partir del siglo XIX y auxiliada por ciencias positivas independientes como la arqueología y la etnología, restituyen paulatinamente a Heródoto su valor como fuente confiable para conocer el mundo bárbaro, muchos de cuyos aspectos culturales admiró sin retaceos.

A lo largo de su extenso relato, Heródotο nos habla de muchos pueblos totalmente desconocidos para los griegos de su época quienes, precisamente por lo exótico y diferente de sus costumbres, aceptaron como un hecho irrefutable la tesis de que Heródotο había mentido.

En sus descripciones, el "padre de la historia" no suele atenerse a un esquema uniforme pero en ellas abarca los aspectos más notables referidos a las costumbres de los pueblos bárbaros, instituciones, creencias, modos de vida, etc. Puesto que también se interesaba por el escenario geográfico en que esos pueblos se desenvolvían, incluye siempre abundantes referencias en tal sentido, aunque no tenía condiciones ni conocimientos para ser un buen geógrafo.

Advierte, sin embargo, muchos siglos antes que otros agudos investigadores, que gran parte de las características culturales de ciertos pueblos dependen, sin ninguna duda del ámbito geográfico que los enmarca.

Esto es notorio en la primera parte de su libro II dedicado íntegramente a Egipto donde se mezclan acertadas e inteligentes observaciones geográficas con errores muy comunes acerca, sobre todo, del origen de las crecidas del Nilo. Pero es sintomático que, casi un milenio después, Amiano Marcelino que escribió una obra semejante a la de Heródotο en ciertos aspectos, todavía continuaba repitiendo errores en tal sentido.

Dignas de señalar son las descripciones geográficas de regiones muy trabajadas por el hombre como es el caso de Babilonia con sus canales de riego y la explotación racional y provechosa de los cereales. En un sentido totalmente opuesto nos atrae la descripción de las frías y despobladas comarcas habitadas por los escitas, cuyo estudio etnográfico es uno de los mejores logrados por Heródotο.

Cualesquiera que fuesen las costumbres y formas de vida por las que Heródotο se interesó durante sus viajes -y alguna de ellas debían resultar chocantes y repugnantes para un griego culto del siglo V AC.- Heródotο se cuidó mucho de menospreciarlas y, llegado el caso, las alabó sin ambages cuando las consideró adecuadas a una moral elevada. Tal el caso por ejemplo de la forma en que los persas educaban a sus hijos en el respeto por la justicia y la verdad.

Organización política y socio-económica, formas de alimentación y vestido, estructura de sus viviendas y poblados, manifestaciones artísticas y científicas etc. merecieron una cuidadosa atención. Pero hay un aspecto en el que se manifiesta sumamente respetuoso en una forma rayana en lo supersticioso: las expresiones múltiples de la religión bárbara.

Aunque es ya un hombre griego del siglo V AC, en quien se manifiestan rasgos incipientes del racionalismo que dominará la segunda mitad de la centena, Heródoto todavía muestra su pertenencia a una época religiosa y tradicionalista a la manera de Esquilo y Sófocles.

Su racionalismo se hace evidente en la explicación de muchos hechos humanos, pero predomina en su relato una cosmovisión religiosa. Es como si un aura religiosa circulara a través de toda su narración para conferirle un carácter arcaico y tradicional.

Con frecuencia nos muestra la intervención divina en los hechos humanos, aunque no de manera directa, como en la época épica, sino por medio de oráculos, sueños y otras señales especiales.

Vinculada estrechamente con su concepción religiosa tradicional, se encuentra la visión de los acontecimientos humanos como regidos por una voluntad superior. En toda la obra se muestra de qué manera cualquier desequilibrio provocado por el desborde de la soberbia (hybris) es restablecido por la "némesis" de los dioses. Los ejemplos representados por Cresos, Polícrates de Samos, Cambises, Jerjes, ilustran exhaustivamente esta teoría.

En algunos casos la ira de los dioses no es provocada por la "hybris" de los mortales sino es consecuencia de la simple envidia divina producto de una concepción antropomórfica y premoral de los dioses.

En cualquier caso, lo que queda siempre en evidencia es la debilidad de los hombres, hojas al viento movidas por el capricho divino sin que ninguna voluntad ni fuerza moral baste para poner clemencia en el destino que la divinidad ha trazado.

Fortuna, felicidad, salud, juventud, son instantes

que el hombre puede disfrutar en tanto y cuanto los dioses se lo permitan. El ascenso hacia las cimas de la felicidad va acompañado por el rápido y desgraciado descenso a los abismos del dolor.

Las breves referencias a las aportaciones de Heródoto en el terreno del conocimiento de la historia y etnografía de los pueblos bárbaros, nos permiten asegurar que, cualesquiera que sean las dudas que subsisten acerca de ciertos datos, ellas no empañan el carácter positivo de la indagación llevada a cabo por el bien llamado "padre de la Historia". En todo caso, esas dudas nos sirven para apreciar mejor el resto de sus aciertos.

Bibliografía

MOMIGLIANO, Arnaldo: La historiografía griega. Barcelona, crítica 1984.

ROUSSEL, Denis: Los historiadores griegos. Bs. As., siglo XXI, 1973.

LOPEZ de HERNANDEZ, Nelly: Historia y Política en el pensamiento griego. Mendoza, Edic. de la autora, 1986.

HERNANDEZ, Leonora Silvia: El pensamiento antropológico en la antigüedad. Homero, Heródoto. Seminario de Licenciatura, 1982.

HERODOTO: Historia. Traducción y notas de Carlos Schuader. Madrid Gredos, 1977.

HERODOTO: Los nueve libros de la Historia. Traducción del P. Bartolomé Pou. Barcelona, Iberia, 1955. 2t.